

GERMINAL

ORGANO DE LA UNION NACIONAL

AÑO II }

LIMA, JUEVES 2 DE ABRIL DE 1902

} N. 29

La Universidad y las profesiones liberales

Los hombres que pueden dirigir con idoneidad y buen éxito la marcha de un Estado, en los diversos ramos de la administración pública, surgen generalmente de entre los que se dedican á las carreras liberales.

En todos los países hay una porción de individuos que se han educado en las universidades ó en institutos especiales. Los más inteligentes, los más aprovechados y los más contraídos de semejante grupo, sean ingenieros, médicos, abogados, clérigos, militares, marinos ó graduados en ciencias políticas y administrativas, son los que están en condiciones de servir, con más provecho para la nación, en las altas esferas directivas: podemos titularlos en la materia de que se trata, los *competentes*.

Y en el núcleo reducido de estos brillan los que llegan á ser celebridades en cualquier ramo del saber humano.

De lo que antecede se desprende la indiscutible consecuencia de que, en igualdad de circunstancias de los Estados, el número de competencias y celebridades de que acabamos de hablar, se encuentra en razón directa del número de personas que han hecho estudios facultativos ó especialistas.

Como en Francia, Estados Unidos, Inglaterra y Alemania, los que se han dedicado á esos estudios son muchos, resulta que en su seno las competencias no faltan y las celebridades existen.

El número de profesionales del Perú es muy inferior al de cualesquiera de las potencias citadas: de ahí viene que las competencias nos faltan, ya que no es justo exigir que tengamos celebridades. No se crea que esta afirmación es exagerada. Y si estamos en el error dígasenos ¿dónde están, entre nosotras, el hacendista, el diplomático y el militar de verdadera competencia? No los hay.

Y si en servicios tan importantes exhibimos semejante pobreza ¿cómo explicar la campaña que de pocos años á esta parte se ha abierto contra la juventud que se dedica á las profesiones liberales!

La campaña noble sería mostrar á esa juventud otros horizontes, creando nuevos institutos, si se ha advertido que hay muchos abogados y médicos.

Pero es la guerra menguada la que se le ha declarado, guerra que consiste en subir constantemente los derechos de matrícula y examen, y en exigir á los alumnos el estudio de cursos innecesarios para el ingreso á determinadas facultades.

Aquella alza de derechos coincide con el aumento de los sueldos de los mismos que acuerdan la me-

didada. Las voces de los trasquiladores imperan en todas partes, y nada pueden decir los humildes corderos por temor á las indignas represalias.

No hace mucho que en la Universidad de San Marcos, los derechos de matrícula y examen fueron elevados en un veinticinco por ciento. Desde entonces los catedráticos tienen una gratificación en la misma proporción. Se habla de que tal sobresueldo en adelante será definitivo. En la Facultad de Medicina el sobresueldo llegó en el último año al cincuenta por ciento.

Dentro de poco sólo podrán hacer estudios universitarios los hijos de los ricos.

¿Con qué derecho en un país democrático que en su presupuesto consigna gruesa subvención para la Universidad Mayor, se excluirá, por medio de un sistema jesuítico y preñado de codicia, de la posibilidad de seguir una profesión liberal á los hijos talentosos de la clase media y del pueblo llano?

Gambetta ha dicho: "Lor pueblos corrompi-dos están maduros paro el despotismo."

Nosotros podemos agregar que para precipitar la corrupción de un país, no hay mas que hartar de privilegios á las clases opulentas y mantener en la ignorancia á las otras.

La Universidad ha reanudado sus labores ordinarias.

Es de desear que en lo venidero termine la campaña que su cuerpo docente hace contra la juventud.

GACETILLA

Después de publicado el último número recibimos la carta en que *algunos universitarios* nos atacan rudamente, por no haber emitido nuestro juicio sobre el general Prado apenas cayó á la fosa el cadáver de ese hombre. Ya explicamos la causa de nuestro silencio en aquella oportunidad, y creemos que los universitarios la considerarán fundada. Como no somos fanáticos ni malvados, nos mortifica ensañarnos con los muertos y herir el dolor de las esposas y los hijos de los hombres cuya memoria execramos. De otra parte, conviene establecer alguna diferencia, siquiera en la forma, entre el juicio que expresamos sobre los vivos y el que debemos emitir sobre los muertos. Contra los primeros es lícito todo, sin recurrir á mentiras y vilezas; contra los segundos hasta la verdad histórica se confunde en ciertas ocasiones con la malevolencia y tiene visos de cobardía. En el fragor del combate se explican los apasionamientos furibundos y las invectivas sangrientas; pero cuando el enemigo deja de

existir, hay que juzgarle sin ira ni rencor: entonces se impone la apacibilidad de la historia, que castiga á los culpables con la simple exposición de sus hechos. Tal fué lo que hicimos con el general Prado. Entre el razonamiento y la injuria, optamos por lo primero.

Ciertas reticencias de la carta á que nos referimos no llegan hasta nosotros. Aquí no se mira con *misericordia* á los malos: se les juzga con severidad; pero no se llega hasta el punto de abofetearles después de muertos. Y por lo que toca á la vacilación de ciertas conciencias ante determinadas consideraciones, declaramos que ni el oro ni las *lágrimas* nos corromperán nunca. Ser pobre ó ser rico ¿qué más da? y si el llanto de una familia en tribulación inspira respeto, no desvirtúa ni disminuye la responsabilidad del hombre cuya memoria es necesario anatematizar.

Bueno habría sido que los universitarios hubieran autorizado la publicación en nuestro periódico del juicio que reservadamente expresan en su carta sobre el general Prado. Así sabría todo el Perú que ellos no vacilan en calificar á ese hombre con los epítetos más oprobiosos, basándose en el fallo del tribunal de Berna que, según dicen, principiaba así:

“ *Après la trahison du prèsideñt Prado* ”, y en la fortuna “ de que hoy disfrutan tranquilamente “ los hijos del causante de nuestra ruina.” Estas acusaciones se deben lanzar de frente y asumiendo todas las responsabilidades. Cómodo es estamparlas en una carta para que otros las saquen á luz. Así no se da lecciones de energía moral, ni hay derecho para extrañarse de lo tanto y tan profundamente que hemos descendido.

Por lo demás, y complaciendo á los universitarios en una de sus justas peticiones, reproducimos en seguida el párrafo más significativo de la carta que ligeramente hemos comentado:

“ A la traslación de los restos de ese hombre “ *no asistieron jóvenes*. No negará nadie la reprobación que esto entraña, á pesar del ejemplo de “ los viejos. La juventud de Lima, sin embargo de “ todo lo que se ha dicho últimamente de sus *ligerezas políticas*, atribuibles en todo caso al reducido grupo que siguió á Valcárcel y á Osma, se “ ha portado con dignidad ejemplar, protestando “ con su ausencia de una ceremonia que sería vergonzosa hasta para el patriotismo de las tribus “ salvajes más degeneradas.”

*
* *

En el mes de Noviembre envió el gobierno á Loreto, por la vía central, ciento cincuenta soldados, más ó menos; pero no adoptó ninguna medida para precaverles del hambre y de las mil penurias que experimentan todos en semejante viaje.

Lo sufrido por esos infelices no tiene nombre. Naufragaron cuatro veces y durante seis días se alimentaron con yucas y maíz crudos, como si fueran cerdos.

¿A quién culpar? Al gobierno, indudablemente. Romaña y sus consejeros no desconocen los obstáculos de la vía central, y siquiera por compasión debieron hacer menos duro é inhumano el viaje de sus sostenedores. Es una infamia lo acontecido con esos desgraciados; infamia muy digna de la época en que vivimos, sin garantías, sin leyes, sin respeto ninguno á la libertad y al bien.

De cuerpo entero se destaca Romaña en todos los incidentes de la célebre suspensión del tráfico público el jueves y viernes santos. Sin carácter para imponer sus ideas, quiso primero que los ministros se entendieran con las señoras; después le lanzó la pelota al alcalde; en seguida aceptó jesuíticamente el fallo de sus consejeros, y en el último momento apeló á la fuerza para complacer á su amo y señor, el arzobispo de Lima.

Para estas hipocresías y torpezas tiene talento de sobra el sucesor de Piérola. No se le exija nada más; búsqesele en los atolladeros y las encrucijadas, y allí se le encontrará radiante de alegría.

Digan lo que quieran ciertos espíritus apocados, que tiemblan ante la violencia, mejor es el gobierno de un tirano franco y brutal, como Rozas, que el de un monaguillo astuto, revesado y maligno, como Romaña. Cáceres y el mismo Piérola— aun cuando no se diferenciara mucho de su sucesor— habrían resuelto la suspensión del tráfico con un poco de hidalguía, ya en favor, ya en contra del municipio; pero nunca habrían reservado para la última hora la estocada gitanesca que lanzó Romaña el viernes santo. Felizmente falta poco para que este hombre se sepulte en la obscuridad de su casa, de donde nunca debió salir.

*
* *

Hay cosas que no merecen ser comentadas con seriedad: por ejemplo, la peregrinación religiosa del presidente el jueves santo. Tiene mucho de grotesco eso de ir por aquí y por allí con banda de música, seguido de infinidad de mataperros, alborotando á viejas y frailes, costeando la hilaridad de cuantos ven los descomunales saludos y aburriendo soberanamente á vocales, ministros, jefes del ejército y demás acompañantes obligados del mandatario supremo en esta y otras ceremonias. Si el presidente quiere andar estaciones, debe andarlas selo, como simple ciudadano, como uno de los tantos devotos que cumplen con esa prescripción religiosa. Lo demás es ridículo, aun cuando lo autorice la costumbre. Cuanto más vieja es una tradición, menos respeto inspira.

¿Qué cara tenían en Santo Domingo—el último templo de la peregrinación—los pobres ministros! Parecían momias ó más bien huacos. El mismo Romaña, como ya no conservaba los afeites con que le dan en palacio aspecto de hombre, lucía un semblante estrafalario. Lo único que no había perdido, á pesar de todo, era la hirsucia de su cabello. Pena sentimos al verle en aquel templo.

*
* *

El espiritual *Tirabeque* ha omitido en sus *Recuerdos de viaje* uno de los episodios más notables de la permanencia de López en Yauli: la *turca* que se pegó en las minas.

Según la correspondencia de *Barreno*, publicada en EL COMERCIO, don Eduardo tomó las siguientes copas:

Una de cocktail champagne en Santa Bárbara antes del almuerzo; y en el almuerzo ¿cuántas bebería? Pongamos una; y van dos.

En Alpamina y Morococha le agasajaron espléndidamente; lo mismo que en Cajoncillo. En cada uno de estos lugares le invitarían una copa; así es que aumentaremos tres á las dos de Santa Bárbara; y van cinco.

En Natividad se sirvió una copa de champagne antes del almuerzo y otra en el almuerzo, según *Barreno*; de modo que tenemos siete copas.

En Yanaminas y Gertrudis otra copa; así lo dice el corresponsal. Ya estamos en ocho.

En el kilómetro 7 del ferrocarril de Tielio á Morococha se le despidió con champagne, según afirma *Barreno*. Así, pues, tenemos nueve copas de champagne en menos de 12 horas.

Ya se explica el profundo sueño que acometió á don López en "La chalaca". Allí se tendió á dormir la *mona*.

Otro de los puntos olvidados por el inimitable *Tirabeque* es el de los *dinamitazos*. Momento hubo en que casi siembra zapallo el insigne don Castilla. Su bestia se espantó con uno de los disparos de Yanaminas y por poco no le hizo besar el suelo; lo que habría sido muy lamentable!!

Finalmente, hubo en una de esas minas dos escenas peripatéticas: la formación de 400 cholitos, á quienes se les hizo creer que Romana les obsequiaría unos cuantos reales, y la lucha de los operarios porque don Eduardo era "el peruano que manda" á todos, según unos, y "sólo á los de Lima", según otros. Los pobres cholitos no merecieron de Romana ni una caricia, mucho menos un centavo.

*
* *

Como se sabe, en la ceremonia de la adoración, el viernes santo, el arzobispo y los canónigos, el presidente y su comitiva deben depositar una limosna en el charol, azafate, ó lo que sea, colocado á los pies de Cristo. Esta erogación no es forzosa: el que quiere no da medio; pero casi nadie la escatima.

Bien se comprenderá que uno de los más obligados á sostener la práctica aquella es el arzobispo; pero ¿qué dirían ustedes si supieran que en este año no dió ni un centavo? Como ya no hay reparato, poco interés le merece el aumento del dinero destinado á la conservación del culto. Tovar se luce cuando saca; pero no cuando da. Por esto se mantiene gordo y lustroso, como si estuviera en perpetua invernación ó tuviera que exhibirse en París en la fiesta del *mardi-gras*.

*
* *

Merece Alberto Quimper la manifestación del domingo. Su conducta en las últimas sesiones del Concejo fué levantada y enérgica, como que patrocinaba una reforma saludable y civilizadora.

Quien ataca francamente prejuicios y gazmoñerías, aquí, donde hipócritas y menguados adquieren títulos y recompensas, revela carácter y convicciones sinceras. Nada más justo, por lo tanto, que tributarle público homenaje de simpatía y consideración.

¿Necesitará Quimper ser impulsado para perseverar en el buen camino? Si lo necesitara, allí estaría la voluntad y el afecto de los hombres que el domingo cumplieron con el deber de felicitarle por su actitud en el municipio, al frente de una sociedad carcomida por la lepra de la intolerancia religiosa y de un gobierno devorado por el cáncer de todas las maldades y torpezas del Bajo Imperio.

*
* *

Desde que gobernadores, intendentes, prefectos, senadores y ministros explotan á los indios, es na-

tural que los curas, aliados forzosos de tiranuelos y verdugos, claven sus tentáculos en las entrañas de los infelices habitantes de punas y serranías.

Como la voracidad de los curas no se sacia con los derechos del arancel eclesiástico, tienen los pobres indios que soportar un nuevo gravamen: una multa por inasistencia á las misas dominicales. El inventor de semejante iniquidad es el párroco de Belén y Santiago (Cuzco), según afirma el señor Apolinar Espinoza en la carta que publicamos en seguida:

Señor Director de EL SOL.

Pte.

Muy señor mío:

Honrándome en pertenecer á la UNIÓN NACIONAL, partido de principios que incluye en su brillante programa la regeneración social del indio, cumpla con poner en conocimiento de ustedes que el cura de Belén y Santiago ha impuesto á los indígenas de más de 20 parcialidades una contribución semanal de 80 cts. á los varones inasistentes á las misas de los domingos y de 40 cts. á las hembras incursas en la misma falta.

Como este es un nuevo abuso que exhibe en todos sus colores la rapacidad inaudita del cura para con el indio, llamo la atención, por el órgano de ustedes, de las autoridades encargadas de reprimir semejantes escándalos.

Soy de ustedes atento y S. S.

Apolinar Espinoza.

¿Será escuchada la voz de nuestro correligionario? Sin la más mínima vacilación contestamos que nó. Ahora imperan los clérigos con mayor energía que nunca; cuentan con el apoyo del gobierno; allí tienen á Romana, á ese remedo de Felipe II, á ese gelatinoso y pungente sacristán de aldea. Poco á poco va convirtiéndose el país en una segunda Filipinas; y quién sabe si no está lejano el día en que los yanquis de Sud-américa, es decir, los chilenos, vengan á civilizarnos á cañonazos. Es lo que merecemos.

*
* *

Sólo los redactores de EL COMERCIO pueden aplaudir la traición de Porras. Esa gente marcha á la vanguardia de los hombres sin decoro personal, ni fe política, ni aspiraciones generosas; y así se explica su ditirambo á Porras, á quien considera con derecho como una de sus hechuras.

Para nosotros, los radicales, podría ser motivo de complacencia la traición de Porras, tanto por el daño inferido á Piérola, cuanto por el hundimiento moral de ese hombre; pero como sobre todo interés y toda consideración hay que levantar el estandarte de la dignidad humana, vemos con asco la conducta del antiguo ministro, compinche y doméstico del antecesor de Romana.

Hay ocasiones en que todo, absolutamente todo, ha de sacrificarse al deber político. Títulos, honores y grangerías nada valen cuando está de por medio la conveniencia del partido en cuyas filas militamos y á quien debemos cuanto somos. En este caso se encontraba Porras; pero como no pasa de la categoría de traficante político, *mercachifle*, como diría el viejo Amézaga, aceptó la prebenda de Romana, volteándole las espaldas á Piérola, al hombre que le sacó de la nada para hacerle pleni-

potenciario en Chile y ministro de Relaciones Exteriores.

Esto por lo que respecta á la traición en sí misma; que por lo que atañe á la censura del pierolismo, bástenos decir que sin vacilaciones ni términos medios han fijado EL TIEMPO y EL PAÍS el precio de la venta, y Porras con su silencio ha convenido en todo.

Como la canallada de ese hombre "no ha producido daño público." EL COMERCIO la aplaude, y cómo decirle á un individuo "á usted le han comido el plato en tal suma y por tal causa" no es agraviarle personal sino políticamente, en concepto del mismo periódico, Porras va al Ecuador lleno de prestigio y honra!!

Si algo bueno quiere hacer el pierolismo, influya con el gobierno de esa república para que rechace á Porras como *persona ingrata*. Así quedarían castigados el vendido, el comprador y los miserables que glorifican estas inmundicias.

*
* *

El doctor Figueredo ha recibido, en las últimas semanas, las erogaciones siguientes:

Junta Patriótica Provincial de Chancay, por rifa de objetos obsequiados por señoras y señoritas de Huacho.....	S. 619 33
Vecinos de Alto Amazonas y Ucayali. Colecta del coronel Portillo. (Sr. T. González Córdova).....	598 90
Rifa de objetos obsequiados por señoras y señoritas de Huánuco (Señora Emilia D. de Durand.).....	535 —
Vecinos de Punga, Ucayali (Sr. Pedro Montenegro).....	147 90
Liga Naval del Callao.....	101 56
Vecinos de Oropeza, Quispicanchi (Sr. Félix E. Castro).....	88 —
Sr. Luis A Dorich y algunos empleados de gobierno en Mollendo.....	47 —
Colecta en un almuerzo entre socios del Club Lima de tiro al blanco [Señor Dr. Germán Arenas].....	30 40
Lotería en el Instituto Ferreñafe (Srta. Sara A. Bullón).....	25 —
Señor Abelardo M. Gamarra.....	21 —
Colecta en un almuerzo en Moquegua (Sr. Dr. Daniel Becerra).....	20 —
Centro Patriótico y Club de Artesanos de tiro al blanco y cosmopolita del Callao	
Colecta de la panadería de San Sebastián, Lima.....	14 —
Trabajadores de la panadería de Santa Teresa, Lima.....	6 50
Colecta de la colecta en San Pedro, Pacasayo, en fiestas patrias, (Sr. José M. Astañeda).....	6 —
Colecta de los vecinos de Loreto, en fiestas patrias [participación Sr. F. G. Córdova].....	75
	S. 2268 94
Cónsul del Perú en Iquique, por depósito de D. Santiago Méndez.....	£ 3.10 0
Colecta, por el Círculo Patriótico Consueña.....	28 8.3
Colecta de los vecinos de Loreto, en fiestas patrias [participación Sr. F. González Córdova].....	208 14.0
	£ 240.12 2

EL CLERIGO VIDAL Y URÍA

UN CASO DE DEGENERACIÓN MÍSTICA

En la anterior semana circularon unos papeles difamatorios, llenos de injurias propias de meretrices, contra el alcalde Elguera y varios de los concejales que tomaron parte en la discusión relativa al tráfico en los días *jueves* y *viernes santos*.

En esos pasquines defiéndese la costumbre de suspender la circulación de vehículos y se aduce, como razón principal, la antigüedad de dicha costumbre. El autor apoya su defensa en la serie de impropiedades que lanza á los ediles favorecedores del tráfico libre. La infamia, la calumnia, la procacidad han tomado por vocero á ese hombre, que escandaliza á la gente honrada con sus inmundos dieterios. El miserable libelista llevó su audacia al extremo de ser él mismo quien repartiera las hojas.

Es un clérigo irresponsable, expulsado del Callao por los constantes disturbios que ocasionaba su fanatismo. Dedicóse especialmente á perseguir á los *metodistas*. Por las noches veíase, delante de la casa en que éstos se reunían, á multitud de gente arrodillada, rogándole al Altísimo que tuviera piedad de los descarriados y trajera al redil á las perdidas ovejas. El Divino Pastor no escuchó nunca las plegarias de la mesnada de Uría; pero una noche notó éste que el Señor abandonaba de su mano á los *heréticos*. Había llegado el momento del exterminio, y el presbítero y su chusma desempedrarón la calzada y una lluvia de piedras fué á sorprender á los prosélitos de Wood, que entonaban sus monótonos cánticos, interrumpidos por la catapulta del ministro del Señor.

Otra vez el terrible Uría redujo á cenizas en un altar de la iglesia Matriz del Callao, un número del diario EL CALLAO, por ser dicho periódico sostenedor de ideas liberales.

Al fin el violento clérigo vióse obligado á mudar de escenario, pues entró en disputa con las autoridades de policía y éstas lo expulsaron de la localidad.

Aquí, en Lima, regentó por algún tiempo un plantel de instrucción y no sabemos por qué motivos clausuró las aulas.

¿Qué podría enseñar á sus discípulos un individuo incapaz de discernir con sereno juicio? ¿qué idea tendría este *poseído* de la moral? ¿Por qué extraviado sendero conduciría á su grey este trastornado mentor?

¿Qué resultará de esos niños educados en la escuela de la mentira y el odio?

¿Qué criterio formarán aquellos que creen ver en el sombrío Felipe II al modelo de los gobernantes, en María Tudor á la defensora de la fe y en Carlos Estuardo al rey mártir?

¿Qué sentimientos abrigarán esos corazones que palpitan con idénticos latidos que los de los verdugos de Giordano Bruno, que los de los feroces victimarios de la Saint Barthelemy? ¿qué energía, qué actividad podrán desplegar los insensatos que esperan todo del auxilio divino?

¿Qué noción de Patria, de Libertad, será la que tengan los alumnos de un místico, cuya vida no es de este mundo, cuya patria no es terrenal?

A vivir Uría en pasados siglos, hubiera encontrado medio apropiado para su completo desarrollo morboso en las filas del Santo Oficio. Tiene todos los requisitos que exigía éste para elegir sus neófitos entre determinados sujetos. "Por regla general el cuerpo de inquisidores, la masa de la mi-

licia, se reclutaba entre las inteligencias mediocres, las ilustraciones más escasas, las clases más inferiores, porque la Inquisición ejercía verdaderas fascinaciones para esa multitud de degenerados inferiores que iban á completar allí su formación psicológica final."

Que este fanático está en germinación lo prueba su periódico *EL OBRERO*, cátedra de despropósitos, extraviador del limitado criterio de las clases bajas, que, buscando la fuente de la verdad, beben allí el agua envenenada por la furia del desequilibrado escritor, que incita á sus lectores á la revuelta.

Debe notarse que una de las pasiones más explotables es la del fanatismo de las masas. Estas, inconscientes, son arrastradas por inicuos perturbadores á los más insanos delirios de trastorno. ¡A cuántos crímenes se ha prestado la muchedumbre, arrastrada por aquellos que decían proceder en nombre y defensa de la religión! Los criminales que conducían el populacho á feroces matanzas, á eruentas carnicerías, invocaban el nombre del Nazareno, del hombre que dijo: amaos los unos á los otros!

El impulsivo Uría, ya que por la civilización actual no puede investir el hábito que cubriera la felina figura de Tomás de Torquemada, puede sí, en determinada ocasión, poseído de su fanático misticismo, renovar los horrores del monstruoso cura de Bambamarca, obligando al hijo á atizar la hoguera que devoraba á la madre infeliz, acusada en las postrimerías del siglo XIX de bruja y hechicera!

El presbítero Uría es uno de aquellos infelices á quienes un fanatismo exaltado hace incurrir en los más extravagantes desatinos. Cuando él cree vulnerados los dogmas y preeminencias de la Iglesia Católica, su pluma se empapa en hiel y no vacila en arrojar lodo al rostro de los que él llama enemigos de la fe.

La actitud de este anormal nos inspira compasión al par que temor. Por su estado semi-aliénico es digno de lástima; pero también es cierto que puede, en momento inesperado, convertirse en delincuente.

Es un degenerado, con las condiciones necesarias, favorables, al desarrollo de perturbaciones mentales. Es un fanático y "el fanático es un místico en actividad; no sólo se cree inspirado, encargado de una misión divina; no sólo tiene éxtasis y visiones, sino que además pone al servicio de esta disposición de espíritu un celo exagerado, que no retrocede ante ninguna consecuencia."

"Como todos los desequilibrados, el fanático peca por el sentido moral, carece de él, no tiene conciencia de lo justo y de lo injusto, de lo lícito y de lo ilícito; más bien se cree investido del monopolio de lo que es bueno, se cree el representante de la moral, autorizado para dictar sus leyes; *no retrocede ante los actos más odiosos ó más criminales, para cumplir lo que considera su deber*. Son semi-automatas que siguen ciegamente, sin vacilar, las inspiraciones de una pasión enfermiza."

Los médicos de policía deben reconocer al clérigo y si, como fundadamente creemos, resulta un desarmonico, obligar á la Autoridad Eclesiástica á recluír á ese demente en un convento, en cualquier lugar, donde no esté en aptitud de escribir tanta y tanta necedad.

Ahora años exhibiéronse en la ciudad de Dresde varios cartones del artista ruso-germano Alejandro Schneider. Uno de los dibujos, que llamó la atención de manera extraordinaria, titulado: *Una*

cosa es necesaria... "representaba á Cristo predicando, al pie de la cruz, el evangelio de la indulgencia y del amor al prójimo; la muchedumbre, cuyas innumerables cabezas se pierden en lontananza, contéplale con esa expresión de embrutecimiento propio de la ignorancia en que vive, sin que llegue á comprender las palabras del maestro, cuyo puro aliento envenena con su soplo el demonio de la falsa interpretación."

Así el demente presbítero, en su desquiciado cerebro, interpreta antojadizamente la doctrina de Jesús y la convierte en propaganda de infamia y maldición.

PUIBLANCH.

LITERATURA

LA AMENAZA

Sonaron las campanadas del medio día y de allí á poco la puerta comenzó á despedir, en oleadas de marea humana, la muchedumbre cansada y silenciosa que componía el personal de los talleres. Nadie hablaba: no hacía el varón caso de la mujer, ni buscaba la muchacha el halago del mozo, ni el niño se detenía á jugar. Los fuertes parecían rendidos, los jóvenes avejentados, los viejos medio muertos. ¡Casta dos veces oprimida por la ignorancia propia y el egoísmo ajeno!

El gentío se fué desparramando como nube que el viento fracciona y desvanece: pasó primero en turbas, luego en grupos y después en parejas que calladamente solían dividirse sin despedida ni saludo, tomando unos el camino de su casa, entrando otros en ventorrillos y tabernas, deseminándose y perdiéndose, confundidos todos y sorbidos por la agitada circulación del arrabal.

Uno de los últimos que salieron fué Gaspar Santiagós, alias *el Grande ó Gasparón*, porque era de tremendas fuerzas, muy alto y muy fornido. Hacíanle simpático el semblante apacible, la frente despejada, el mirar franco; y era tan corpulento, que parecía Hércules con blusa.

Echó á andar por la sombra de una tapia, cruzó dos ó tres calles, atravesó una plaza y metiéndose por pasadizos y solares, para acortar distancias, vino á desembocar en un paseo de olmos gigantescos cuyo ramaje se entrelazaba formando bóveda de sombra, bajo la cual, le esperaba, sentada en tronco derribado, una mujer joven, limpia y graciosa, que tenía delante una cesta, al lado un perro, y en el regazo un niño. Corrió el animal hacia su amo, el pequeñuelo alargó las manecitas, y mientras el hombre sacaba de la cesta y partía la dorada libreta, ella sin dejar de mirarle, apartó á un lado la ensala-

da, sacó la botella del tinto, la servilleta, las cucharas de palo, y sobre el hondo plato de loza blanca, con ribete azul, volcó el puchero de cocido amarillento y humeante.

Cuando sonaron á lo lejos las campanadas *de vuelta*, echó el último trago, lió un pitillo, dió un beso al niño, arrojó al perro un mendrugo, y oprimiendo rápidamente el talle á la muchacha como un avaro que palpa su tesoro, tomó el camino de la fábrica.

Traspuó la puerta, cruzó un patio lleno de pilas de lingotes de hierro, y entró en una nave larga y anchurosa, iluminada por ventana tras cuyos vidrios empañados se adivinaban muros ennegrecidos, montones de carbón, chisporroteo de fraguas, y altas chimeneas que en nubes muy densas lanzaban á borbotones el humo pesado y polvoriento de la hulla. En lo alto y á lo largo de la nave corría en complicadas líneas un número incalculable de aceros relucientes, hierros bruñidos, palancas, vástagos y ruedas unidas por correas, que subían, bajaban, se retorcián cruzándose, y giraban vertiginosamente como miembros locos de un mecanismo vivo en que nada pudiera detenerse sin que el conjunto se paralizara. El piso entarimado temblaba con la trepidación del vapor, cuyos resoplidos se escuchaban cercanos; y de otros talleres, debilitado por el vocerío y la distancia, venía rumor de herrajes golpeados y zumbido de máquinas mezclado á cantos de mujeres.

Al término de aquella nave venía otra igual y salvando un patio que las separaba, había entre ambas un puentecillo estrecho de madera, junto al cual jiraba sobre su eje la enorme rueda de un colosal volante.

Cuando iba *Gasparón* por la mitad del puentecillo, vió que de la segunda nave llegaba un aprendiz corriendo, con tal ímpetu, y tan lanzado á la carrera, que ya no podía detenerse. Sin tiempo para retroceder, y adivinando que no cabrían los dos en el angosto pasadizo, *Gasparón* encogiéndose el cuerpo se hizo á un lado: llegó el muchacho como un rayo, se desvió mal, sufrió el encontronazo y cayó de bruces, quedando casi fuera del tablón estrecho que formaba el piso, suspendido sobre el abismo, y sin lugar á donde sentarse. *Gasparón*, más cuidadoso del peligro ajeno que del propio, le tendió una mano; y el chico, cegado por el miedo, se agarró á ella con tal fuerza y tal ansia, que hizo vacilar al obrero. Éste al perder el equilibrio, instintivamente, para recobrarlo haciendo contrapeso, echó hacia atrás el otro brazo puesto en alto, y alcanzándole un radio del volante le partió el hueso por más arriba de la mano. El muchacho dijo luego que á pesar del terror, oyó un crujido como cuando se parte una as-

tilla de un hachazo. Pero aún tuvo aquel hombre fuerza y serenidad para retroceder algunos pasos; arrastró al chico, y al dejarlo en salvo sobre el piso de la nave, cayó rendido á la violencia del dolor.

Recogieronle sus compañeros, y por no tener enfermería en la fábrica, le llevaron sentado en una silla al hospital cercano, donde aquella misma tarde hubo que desarticularle el codo.

La convalecencia fué larga: en ella se gastaron, primero los ahorros; luego el préstamo tomado sobre la ropa dominguera, la capa de él y el mantón de ella; después algún socorro de camaradas y vecinos, y por último, un donativo de la *Caja de resistencia en huelgas*. En nuevo trabajo no había que pensar, porque el brazo perdido era el derecho.

Cuarenta y tantos días después de la desgracia, la mujer de *Gasparón* se presentó en la pagaduría de la fábrica.

Era una habitación pequeña dividida por un tabique de madera y tela metálica con ventanillos, tras los cuales se veía un señor viejo, bien vestido, de camisa limpia y leyendo un periódico, sentado junto á una caja de caudales. Cerca de él, al alcance de su vista, había dos hombres que de pie y encorvados escribían en unos grandes libros puestos sobre pupitres de pino.

—¿Qué traes tú por aquí?—dijo uno de los escribientes al acercarse la mujer.

—¿Cómo ha quedado *Gasparón*?—preguntó el otro.

—Pues, ¡cómo ha de quedar! Manco.

—¿Y á qué vienes?

—A cobrar.

Uno de aquellos hombres tomó un cuaderno y comenzó á pasar hojas murmurando:

—Gaspar... Gaspar...

—Está por Santiagós. Nave de taladros, sección segunda—dijo la mujer.

—Es verdad: Gaspar Santiagós, aquí está.

—Ese es—añadió élla suspirando.

El escribiente se puso á hacer números en una cuartilla de papel, y sin alzar la vista preguntó:

—¿Había cobrado la semana anterior?

—Sí, señor,

—Pues, son... deben de scr...

Entonces el caballero de la camisa limpia soltó el periódico y sin mirar á la mujer preguntó:

—¿Qué día fué eso?

—El 20 pasado: miércoles, á las dos—contestó élla tristemente.

—Pues poca duda cabe—repuso el caballero—lunes, uno; martes, dos; miércoles... dos días y medio, que á cuatro y media de

jornal... son once pesetas con veinticinco céntimos.—Y se volvió de espaldas.

Sacó el dependiente una esportilla de la caja, contó el dinero, y sin más conversación hizo la entrega. Salió llorando la muchacha; y aún se oía el ruido de sus pasos, cuando el caballero de la camisa limpia dijo severamente:

—No se le olvide apuntar que *Gasparón es baja*.

Cuando los obreros supieron que á *Gasparón* se le habían pagado *dos días y medio*, corrió sobre sus tugurios y agitó sus cabezas viento de tempestad: La iniquidad llamó á la ira.

Reuniéronse los delegados de los grupos, hubo Junta una noche en la trastaberna del *Francés*, y para completo conocimiento del caso, se citó también al pobre manco.

Gasparón contó su desgracia con la mayor naturalidad, mostró el muñón cicatrizado, lleno de costurones, y luego, mientras duró la reunión, no cesó de molestar á los amigos pidiendo que le desliaran cigarrillos, por que aún no estaba acostumbrado á valerse con una sola mano.

Una lámpara sucia, que apenas daba luz, ardía inútilmente, sin alumbrar el cuarto. Casi no se veían cuerpos, ni figuras, ni rostros. Las voces parecían salir de entre sombras como protestas y amenazas anónimas.

—Llevo cincuenta y dos años de taller—dijo el que habló primero—y sé más que vosotros; porque he corrido muchas fábricas; entré á los doce... Siempre he dicho que lo mejor sería *obligarles* á sostener á los que ya no pueden trabajar. Si no, ya lo veis; callos en las manos y la tripa vacía.

—Yo, con menos años—dijo otro—tengo más experiencia: ponernos de acuerdo, guardar secreto y estropearles el material, la mano de obra, la herramienta, todo lo que se pueda; perder tiempo, fundir mal, tejer peor. En un año no queda fábrica con crédito.

—Ni obrero con pan.

—¡Las ocho horas! —exclamaron varios al mismo tiempo.

—¡Buen consuelo! ser perros ocho horas en vez de nueve.

—Aumento de jornal.

—Y en seguida suben ellos la ropa, el pan, la casa... si pudieran... ¡hasta el aire tasaban!

Entonces se oyó una voz que no había sonado aún: una voz que delataba un cuerpo chico y una voluntad monstruo.

—Aquí no hemos venido á discutir, sino á vengarnos. ¿Tenéis coraje? ¿Sí, ó nó? Yo sé dónde hay tres cartuchos de dinamita, de á dos kilos y medio; uno para el almacén de modelos, que es lo que vale más; otro para

casa del amo, por la parte de atrás, donde tiene la familia... y el otro se guarda para cuando haga falta. Echamos suertes, y á quien le toque, aquél los pone.

Un silencio prolongado siguió á la horrible proposición. A unos les asustaba la idea del estrago; á otros el terror del castigo; con la voluntad, casi todos fueron cómplices; ninguno dijo: “Yo me atrevo.”

De pronto se levantó *Gasparón*, dió dos chupadas al pitillo, y colocándose bajo la débil claridad de la lámpara, para que le leyeran en el rostro lo inquebrantable de la resolución, habló de esta manera:

—Todo eso es inútil, ó es infame. ¿Montepío ni pensiones, con dinero de ellos? Estáis soñando. ¿Huelga? ¿Para qué? ¿Para hoci-car en cuanto falta el pan en casa, quedar empeñados y volver al trabajo? Lo de los cartuchos, es una salvajada de cobardes; ¡por cuenta mía no se asesina á nadie! Dejad á mi cargo la venganza, que será buena y larga...

Unos refunfuñando, y otros de buen grado; por miedo los pusilánimes y los exaltados porque en los ojos de *Gasparón* adivinaron algo tremendo y misterioso, todos accedieron á su ruego; y la reunión se disolvió en seguida, semejante á una de esas tormentas que llevan en su seno el rayo y no lo lanzan á la tierra.

Al día siguiente *Gasparón* se puso á pedir limosna al pie de la soberbia casa donde vivía el fabricante. Allí está siempre junto á la verja de remates dorados, cerca de una ventana tras cuyos cristales caen en amplios pliegues los cortinajes de seda: allí se le ve de sol á sol, mostrando el muñón cicatrizado, destacándose el bulto haraposo de su cuerpo sobre la fachada de mármol, y llevando siempre colgado al cuello un cartelillo en que se leen estas palabras: INUTILIZADO EN LA FABRICA DE DON MARTIN PEÑALVA.

Súplicas, amenazas, ofertas para que se retire, cuanto se ha intentado ha sido en balde. Allí está cuando el rico, nuevo señor del feudalismo moderno, sale á sus placeres y á sus agios; cuando su esposa vuelve de rezar, y cuando sus hijas van á saraos envueltas en primorosas galas.

Aquel mendigo en la puerta de aquel palacio, es una afrenta viva..... Y es también una tremenda profecía.

La mano con que pide parece que amenaza.

JACINTO OCTAVIO PICON.

El ejemplo de *Gasparón* deben imitarlo las madres, viudas é hijos del maquinista del ferrocarril inglés y de los operarios de la luz eléctrica, mientras llega el día de las reparaciones sociales.

LA OROYA

Marzo 19 de 1902.

Señores Redactores de GERMINAL.

Impulsado por la *tolerancia* del señor Romaña, dirijo á ustedes la presente, con el fin de poner en transparencia la mala conducta de tiranuelos que deberían salir del puesto á escobazos.

Que se haya hecho un hábito entre nosotros soportar el yugo, tranquilos y resignados, nada tiene de extraño; lo que mueve las bilis y crispa los nervios, es el apoyo que se presta y la impunidad con que se alienta á ciertas gentes, en mala hora designadas para desempeñar puestos públicos.

Las continuas quejas contra el Gobernador de esta villa ¿son acaso ignoradas por las autoridades superiores? y si lo saben ¿por qué no le mandan á la calle? ¿La patria perdería mucho con desahacerse de un gobernadorcito abusivo é *intoleable*?

Si nuestro Gobierno es *tolerante*—no por cierto con los buenos que tienen derecho á aplicar cauterio á las úlceras administrativas—¿el pueblo está obligado á *tolerar* las injusticias, abusos é irregularidades de los que precisamente son los llamados á garantizar su existencia y el cumplimiento de las leyes? Yo tolero, tú toleras, él tolera, ¡nosotros toleramos! A este paso, día llegará en que todos los peruanos, inclinando la cerviz, toleremos lo que se les antoje, no sólo á los de casa, sino á los que vengan de fuera, confiados en que en esta bendita tierra se tolera todo, desde un mal gobierno hasta el último alguacil.

Lo que decimos del Gobernador de la Oroya se hace extensivo á todos los de la especie ¿Qué Gobernador podrá citarse—con rarísima excepción, como por milagro—que haya salido del puesto sin remordimientos, sin manchas indecentes, adulaciones y bajezas? La mayoría de los que ejereen cargos de este género, no llevan por consigna el cumplimiento de la ley, y amparados por la impunidad cometen abusos que no deben pasar inadvertidos.

¿Cuándo tendrá fin esta calamidad abrumadora del pueblo?

Gavroche.

INSERCIONES

EL ALCOHOLISMO

POR EL DOCTOR MANUEL O. TAMAYO

[Continuación.]

Debe servarse con él las medidas que se toman contra un varioloso, ó un atacado de fiebre amarilla. Esta manera de raciocinar hace ver que sería de gran utilidad la creación de establecimientos de aislamiento para los alcohólicos, donde serían sometidos á una reclusión más ó menos larga, según la intensidad de los trastornos que en su organismo haya determinado la intoxicación.

Es, en fin, digna de ser tomada en cuenta la idea

de establecer en los cuarteles populosos, por cuenta del Municipio, ó protegidos por él; especies de cantinas municipales, en que serían vendidas á poco precio, bebidas inofensivas y alimentos bien preparados y poco costosos: En Suiza y en Suecia se han establecido con muy buen éxito un regular número de *cafés de temperancia*.

Resumiendo, las siguientes son las medidas que proponemos, y que deben ser tomadas por la Municipalidad ó reclamadas por ella a la autoridad competente, para detener los progresos de la alcoholización creciente:

1.º Establecer inmediatamente la enseñanza escolar anti-alcohólica.

AVISOS

GERMINAL

Los canjes y las comunicaciones referentes á este semanario, deberán remitirse al local de la Administración, calle de Jesús Nazareno N.º 10, establecimiento del señor Dionisio Ramírez.

SUSCRICIÓN:

En Lima

Por cuatro números.....	20 cts.
Número suelto.....	5 »
Atrasados.....	10 »

En Provincias

Por trimestre de 12 números	75 cts.
Número suelto.....	6 »

RASGOS DE PLUMA

DE

ABELARDO M. GAMARRA

(EL TUNANTE)

Desando darle la mayor circulación á esta importante obra nacional, compuesta de 870 páginas y 18 grabados se vende á precio sumamente módico, en la imprenta del editor de ésta,

VICTOR A. TORRES

calle de Filipinas No. 157. Los pedidos de fuera serán atendidos con toda puntualidad.

TIP. ITALIANA—SAN ANTONIO No. 142.

POR PEDRO JOSÉ LOLI